

de la orden de los Cartujos, é hizo insertar su oficio en el breviario romano bajo el rito semidoble.

Clemente X ordenó que fuera doble. Así es como se premió en muerte el hombre cuya santa vida se habia consagrado por entero á la meditacion, al silencio, á las conversaciones frecuentes con Dios en los lugares mas apartados y desiertos. La conviccion íntima, la fé cristiana, el sentimiento innato de religiosidad que le habian dado fuerzas para atravesar con planta segura y firme el largo camino de una vida sembrada de escollos, hallaron su recompensa en la fama que estendió su nombre y en la auréola de santidad con que se le coronó.

Para los hombres, Bruno el anacoreta se convirtió en Bruno el santo.

## II.

### LOS CARTUJOS.

DIGAMOS algo ahora de los hijos de San Bruno.

Todas las noticias que tenemos y que hemos podido recojer nos demuestran que en sus principios no hizo grandes progresos la orden de los Cartujos, puesto que, en vida de Bruno, solo dos Cartujas se fundaron: la del Delfinado que fué conocida en lo sucesivo con el nombre de *La gran Cartuja*, y la de San Estevan en Calabria.

Cuarenta años despues, bajo el generalato de Guignes I, existian ya otras tres casas bastante oscuras y pobres por aquel entonces, pero á las cuales estaba sin embargo reservada una desusada celebridad. Eran los monasterios de Portes, San Sulpicio y Meriac.

San Bruno no habia dejado escrita ninguna regla para la conducta de sus religiosos. Este vacío es el que se encargó de llenar Guignes, hombre de caracter enérgico, de fé ardiente, el cual puede mirarse como el segundo fundador de su orden, á causa no solo de la sabiduría de su gobierno sino tambien de la solidez de las leyes que estableció. Bajo su generalato fué cuando la gran Cartuja, este tronco robusto que debia contar un dia en Europa ciento setenta y dos retoños, comenzó á echar y á estender profundas raíces en el suelo cristiano.

Cediendo á las instancias de San Hugo obispo de Grenoble que lo habia solicitado, para satisfacer á los priores de las casas de Portes, San Sulpicio y Meriac que se lo habian pedido, para que en fin fuesen uniformes las observancias, Guignes redactó con el auxilio, ora de la tradicion, ora de sus propias inspiraciones, los estatutos que llegaron á ser la constitucion de todas las casas que dependian de su autoridad, los cuales se publicaron con el título de *PRACTICA DE LA GRAN CARTUJA*.

Segun ella, cada Cartuja debia tener para director espiritual y temporal un prior elegido por la comunidad.

Las casas estaban autorizadas para recibir tantos monjes y legos ú *oblato*s cuantos pudiesen mantener.

Agregados á las cartujas habia además cierto número de afiliados subalternos, la mitad religiosos y la otra mitad legos, proveyendo á sus necesidades, los cuales se designaban con el nombre de *rendus* y estaban dedicados al cultivo de las tierras del convento. Uno de estos podia ser clérigo y llamado al diaconado, mas si ambicionaba el sacerdocio pasaba á otro orden.

Segun esta misma regla, cada convento debia elegir entre sus miembros un fraile para amasar el pan, un zapatero, un cocinero, un pastor y otro para que inspeccionase las labores del campo.

Cada convento debia tambien componerse de dos claustros: uno alto que comprendia á los monjes bajo la direccion del prior, y otro bajo, reservado á los legos y *rendus*, bajo el gobierno del padre procurador.

Todos los dias de capítulo ó de fiesta solemne, les era permitido á los monjes hablar al cocinero, conversar entre sí y hasta en particular con los huéspedes religiosos que iban á visitarles, verse unos á otros, trabajar juntos y hablar trabajando; pero sin que nadie de fuera asistiese á la conversacion. Se les concedia tambien el insigne favor, aunque poco ambicionado, de abstenerse de pan, agua y sal tres veces á la semana y las ocho festividades del año.

No podian salir desus celdas mas que tres veces al dia, para ir á maitines, á la misa mayor y á vísperas; debian comer en su habitacion particular á donde se les pasaba el alimento por una ventanilla, y tenian obligacion de volver al cocinero al dia siguiente la comida sobrante del anterior, escepto el pan y el vino de que usaban libremente hasta el sábado. No tenian derecho á comer en el refectorio y en comunidad, sino los dias de capítulo y cuando moria uno de los confrades, con el fin de que pudiesen consolarse juntos de su pérdida.

Estaba prohibida á las mugeres, bajo penas muy severas, la entrada en el claustro, la iglesia y hasta en el patio.

En 1418, el prior de París fué condenado á una larga penitencia, por no haber cerrado las puertas de su casa á la reina de Inglaterra, y á consecuencia de esto, se derogó la prohibicion en favor de las reinas y las princesas de sangre real.

El noviciado de los aspirantes á la dignidad de monje, se fijaba en un año. Tratados con dulzura al principio, los sujetaban gradualmente á una disciplina mas dura, y cuando no podian soportar la vida tan austera, se les obligaba á entrar en una orden menos rigurosa.

El vestido de los monjes ó religiosos consistia en un hábito de paño blanco, sujeto á la cintura por una correa de cuero blanco ó de cáñamo, y en una pequeña cogulla al cual iba unida la capilla tambien de paño blanco. Al coro y en público llevaban una cogulla que les llegaba hasta el suelo á la cual iba unida tambien una capucha. Estas cogullas eran propiamente lo que en las otras órdenes se llamaba *escapulario*, y cuando salian cubriáanse con una capa negra con capilla del mismo color, prendida á una muceta redonda por delante y terminando en punta por detrás. No podian omitir el cilicio ni la cuerda que llevaban atada á la cintura sobre la carne viva. Les estaba prohibido el uso del lienzo; no llevaban mas camisas que una túnica de sarga: dormian sobre paja y no tenian mas que sábanas de lana.

He ahí la fórmula de sus votos:

«Yo N. prometo estabilidad, obediencia y conversion de mis costumbres ante Dios y sus santos y las reliquias de este eremitorio que está edificada en honor de Dios, de la santa Virgen María y de San Juan Bautista y en presencia de N. prior.»

Aunque la iglesia no estuviera edificada en honor de la Santa Virgen ni de San Juan Bautista, no por ello dejaban de pronunciar sus votos bajo dicha fórmula, á la que nada cambiaban.

Los legos vestian un hábito largo de paño blanco tambien con una caperuza, es decir, una especie de escapulario al cual iba unida una capucha con cinturon de cuero ó parecido al de los religiosos. Su capa, cuando salian, era de color gris ó castaña; dejaban crecer su barba y estaban sujetos como los monjes á la sogá y á la privacion del lienzo. He ahí la fórmula de sus votos.

«Yo hermano N. por amor y temor de Nuestro Señor Jesucristo, y la salud de mi alma, prometo obediencia, la conversion de mis costumbres y perseverancia en ese eremitorio todos los dias de mi vida, ante Dios y sus santos y las reliquias de esta casa que está edificada en honor de la bienaventurada Virgen María y de San Juan Bautista, y en presencia de N. prior. Que si soy bastante osado para irme y escaparme de este lugar, los servidores de Dios que se encuentren en él, puedan buscarme de su pleno derecho y autoridad y obligarme por fuerza y violencia á regresar á su servicio.»

Los novicios, segun la misma institucion, tenian su alojamiento particular ó celda, estando todas reunidas en el gran claustro y á igual distancia una de otra. Cada una tenia todas las comodidades necesarias á un hombre que renuncia enteramente al comercio del mundo; estaban compuestas de un aposento, una alcoba, un gabinete para estudio, un comedor, galeria, guardarropa y jardin. Los unos trabajaban en sus jardines, los otros se ocupaban en trabajos de carpintería, de torno ú otros parecidos. Se les daba toda clase de útiles y libros. Escepto las tres veces que salian, segun hemos indicado, lo restante del dia permanecian encerrados en su celda, comiendo en ella y recibiendo la comida por la ventanilla sin interrumpir el silencio.

Cuando estaban enfermos podian ser enviados á la casa de abajo, porque habia en todas las antiguas Cartujas dos casas, la una arriba donde moraban los monjes y la otra abajo donde estaban los conversos.

Todas las vísperas de fiestas, reunianse en coloquio en el claustro para las recordaciones, es decir para leer y repetir las lecciones que debian decirse en maitines en la iglesia; el claustro donde se reunian y tenian el coloquio, no era el gran claustro donde están las celdas, sino el pequeño que se veia en casi todas las Cartujas, al lado de la iglesia y en el que era llamado *coloquio* el costado donde se hallaban los bancos destinados para hablar.

Cosa estraña! Todos los monjes estaban obligados á sangrarse cinco veces al año, exigiéndose cuatro sangrías solamente á los legos; y ademas de esto, sin que se disminuyese en lo mas mínimo la mortificacion de la carne, tenian disciplina todas las semanas durante el adviento y la cuaresma.

Los días que se sangraban, podían pasearse por el jardín ó por el recinto de la casa.

Tales eran las principales observancias de la Gran Cartuja señaladas en la práctica de Guignes, que han servido de regla y de ley á todas las casas de la orden: verdad es que en ellas no se habla de la abstinencia de la carne á la que los Cartujos se comprometieron solemnemente bajo el generalato de Bernardo de la Torre, en el capítulo general que se celebró en 1254, hasta el punto de no serles permitido el uso de la carne ni aun en las mayores enfermedades. Inocencio Masson atribuye el silencio de Guignes sobre este punto á que no quería aparentemente dar lugar á ciertas gentes para que hablaran é inquietaran con sus dichos á la orden sobre sus observancias.

Entre otros reglamentos hechos en este primer capítulo general se mandó que no se obligaria mas á los novicios que quisieran salir, á entrar en otra orden; que en el porvenir no se recibirían mas religiosos de la orden del Cister, de Clunes y de Premonte, y que en caso de que se recibieran contra este mandato, serían despedidos, aun despues de su profesion; y en fin se estableció que para poder haber dos altares en la iglesia sería preciso tener el consentimiento de los conventos, lo que denota que en los principios de la orden no había mas que un altar en las iglesias de los Cartujos.

Interrumpamos aquí por un breve instante nuestra relacion. Antes de pasar á hablar de otros usos y costumbres que en la orden se establecieron, nuestros lectores no tomarán á mal que les contemos un dramático episodio extractado de los anales de la gran Cartuja. Nos lo citan las crónicas y nos lo refiere Alfonso Brot, escritor contemporáneo, que no es por cierto de los que tienen menos valiente pincel y menos fuerza de colorido. Ya que él se nos ha adelantado en este trabajo, traduciremos su relacion variando solo aquello que nos ha parecido estar poco conforme con lo que los anales de la gran Cartuja refieren.

Dice así:

En 1560, época de disturbios religiosos y de guerra civil en Francia, obligóse á un novicio de la Cartuja de Gaillon en la Normandía, despues de muchas infracciones de la regla, á dejar la casa y optar por un monasterio cuya observancia fuese mas de su gusto. Decidióse por la abadía de San German de los Prados, pero aun no había concluido su noviciado, cuando impelido por la fogosidad de sus pasiones, resolvió formarse un juicio exacto

y cabal de un mundo que no había hecho mas que entrever y que su imaginacion le presentaba bajo los mas halgüeños colores.

Una noche escapó disfrazado de su celda sin hacer ruido, y salióse al campo, pobre de dinero, pero rico de esperanzas y dichoso al fin por respirar el aire siempre dulce de la libertad.

A donde ir? Lo ignoraba. Púsose á marchar al acaso.

Despues de un mes de marchas penosas y de privaciones alegremente sufridas, se halló una mañana á las márgenes de un caudaloso rio.

Estaba muy cansado y muerto de hambre, y habiéndose sentado para descansar, se durmió.

Despertóle muy luego la ronca voz de un pescador que acababa de echar su red á algunas brazas de distancia.

Su hambre era mayor en aquellos momentos.

El pescador había interrumpido su cancion para comer á grandes bocados un pedazo de pan moreno, que no olvidaba humedecer de cuando en cuando con el contenido de una calabaza que llevaba en bandolera.

Presentósele delante nuestro hambriento.

El pescador levantó la cabeza y notó que el desconocido le mostraba una pieza que relucia, una moneda.

El dinero habla todas las lenguas.

Atracó el marinero, recibió al jóven monje en su barquilla y partió con él generosamente el pan y vino que le quedaba.

Durante seis meses se oyó diariamente en el Rhin, al salir el sol, la voz sonora del pescador junto con otra mas jóven y no menos sonora, la del fugitivo, quien robusto y falto de recursos le había ofrecido sus servicios.

Cierto dia el viento que soplabá de la otra parte del rio, hizo que oyese los sonidos claros y estrepitosos de una música guerrera.

Nuestro esclaustro abrió los ojos y aplicó el oido como un brioso caballo al oír el clarín.

Era una compañía de *vaitres* (1) que desfilaba por la otra ribera y se iba á unir á las banderas del príncipe de Condé.

Nuestro pescador aventurero atravesó el Rhin, se presentó al capitán de aquellos incrédulos, abjuró en manos de su pastor y trocó su pobre vestido por el severo uniforme.

Por espacio de nueve años se batió, saqueó, destruyó, gozando todos los

(1) Caballeros alemanes del siglo XVI.

placeres de su nueva profesion; mas, ay! vanidad de vanidades! nada dura en el mundo; Coligni y Carlos IX se abrazaron. Adios arcabuces! adios lanzas y espadas! Suplicaron políticamente á los caballeros que se volviesen á sus casas, y nuestro maton de católicos se halló en las calles de París con una coraza rota, las mangas agujereadas y sin un Carlos (1) en el bolsillo. Qué hacer entonces?

Felizmente para él, los Médicis y sus hechuras habian importado en Francia un nuevo género de industria, á la sazón muy en boga. ¿Deseaba alguno deshacerse de un personaje poderoso, de un truan muy altivo ó de un acreedor muy impertinente? Se valia al momento de uno, dos, tres *bravi*, como se llamaban..... y asunto concluido. Verdad es que esto costaba un poco caro, pero tambien así se podia mejor echar cuentas.

Hízose pues *bravo*.

Llega la matanza de San Bartolomé. Ea! á los hugonotes! Perseguido de cerca, va á perecer: tres espadas se levantan sobre su cabeza; reconoce la librea de uno de los asesinos y pronuncia el nombre de un cortesano que se sirvió de él en una empresa peligrosa. Bajan en el acto las espadas; le ponen al brazo izquierdo la banda de color blanco y sobre el pecho la cruz encarnada de los asesinos. Sobrevive y aprovecha la ocasion: cambia de religion como muda de escarcela, y mata sin cansarse en compañía de sus salvadores, como si desease recobrar el tiempo perdido. Carlos IX muere nadando en su propia sangre en Vicennes, y sube al trono Enrique III. Fórmase la Liga en la oscuridad, esperando que llegue su dia. Tocamos ya las barricadas: los Guisas descubren su ambicion; la fortuna sopla en favor de este partido: alistase nuestro hombre bajo sus banderas y se convierte en su mayor agitador.

Es el mismo que vemos allí arengando al pueblo en los alrededores de Nuestra Señora.

Es aquel que se halla en pié sobre una mesa, en aquella madriguera del arrabal de San Honorato, en medio de aquellas mugeres andrajosas y de tez macilenta, de aquellos hombres con los brazos desnudos y semblante patibulario; pero blandiendo por el momento con una mano el crucifijo y con la otra el puñal.

Mas el de Guisa, que era su ídolo, cae en Blois bajo las espadas y cuchillas de los matachines de Enrique III y Catalina.

(1) Moneda francesa de aquella época.

No por esto huye ó se oculta.

Que le importan los cambios de fortuna? Se hace mudable como ella gritando: viva el rey! abaja la Liga! y cuando ve blandir el puñal de Jacobo Clemente, es el primero que dice: Viva Enrique IV!

Como se bate en Argnes, en Ivry, en Fontaine Française!

Vuelve despues á París. Entra de nuevo en tu cueva viejo leon! tus dientes se han embotado, y dejaste parte de tus garras en las carnes de tu enemigo..... vuelve á tu cueva olvidado, abandonado, pobre y desnudo como saliste, y prepárate á comparecer delante de Dios!

La desesperacion le roe el alma. Habia derramado como agua el oro y la plata, y ahora no halla un asilo para su cuerpo ni un pedazo de pan con que mitigar su hambre! Sesenta inviernos lo han cubierto de canas, y todo su cuerpo, cosido de heridas, es una llaga apenas cicatrizada. Sufre y espera, viejo leon! No hay medalla sin reverso.

Una noche estando recostado en una mala cama que debia á la compasion de un hostelero, antiguo soldado compañero suyo, una noche se preguntaba á sí mismo qué podia ya hacer, ó qué podia proyectar, cuando oyó un gran ruido sobre su cabeza, y su miserable chiribitil apareció de repente iluminado con una luz pálida como la del crepúsculo, en medio de la cual se presentaba pacífica, serena y venerable una figura rodeada de un círculo de fuego que formaba una auréola en torno de un cuerpo envuelto en un largo hábito de lana blanca.

Deslumbrado, maravillado de aquella vision, se incorporó en la cama.

La figura entretanto se adelantó hácia él lenta y solemnemente, y sus labios pronunciaron, con un acento que no parecia de este mundo:

—Hijo mio, vas á morir impenitente: tu vida depende de tu arrepentimiento, pero debe ser en aquel lugar donde el hombre Dios es glorificado todos los dias.... donde yo hice tantas veces oracion.

El gran pecador se prosternó, bajando luego el rostro hasta con él tocar la tierra.

Al levantarse, habia ya desaparecido la vision divina; mas oyó distintamente resonar en su oido estas palabras que disiparon las tinieblas de su alma, entrando en su corazon como un rayo de la infinita misericordia de Dios.

—Yo soy San Bruno. Hasta vernos en el cielo!

Al dia siguiente el pecador caminaba hácia la Gran Cartuja con la cabeza cubierta de ceniza, ceñido su cuerpo con los harapos de su viejo uniforme, los piés descalzos, una sogá al cuello y un baston en la mano, sin mas alimento